

era extremadamente frío y hacía un viento cortante. Así que me puse en la puerta para evitar que se abriera con el viento y que os incomodara».

Si Ebrāhim ayudaba a amigos y extraños necesitados, también ayudaba a los que le herían, como queda claro en la respuesta que dio a un hombre que le había insultado:

Consigo satisfacción en siete cosas con respecto a usted: primero, en no contestarle; segundo, en no quejarme de usted; tercero, en no tener rencor hacia usted; cuarto, en no quejarme a Dios de usted; quinto, en rezar por usted; sexto, en saludarle sin esperar su respuesta; y séptimo, si Dios eligiera enviarme al cielo, renunciaría a ir a menos que usted viniera conmigo.

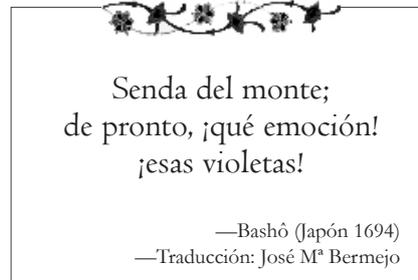
Quizá lo más significativo de su estado interior es el relato de su encuentro con el asesino de su tío: el maestro divisó al asesino de su tío en La Meca mientras éste estaba rezando. Le asaltó la idea de venganza, agitando su corazón, hasta que decidió en su corazón ir a saludar al hombre. Le llevó una fuente con comida como regalo y se la ofreció. Con eso, ese pensamiento pasajero se borró de su corazón.

La enseñanza de Ebrāhim, sin embargo, no siempre tenía un aspecto exterior de amabilidad. Cuando los discípulos lo necesitaban y podían beneficiarse de sus críticas, Ebrāhim lo hacía, como hizo con un discípulo que oyó una charla de Ebrāhim acerca de las virtudes de generosidad y nobleza y después intentó desarrollar estas cualidades a través de buenas obras. Ebrāhim era implacable, y le señalaba los fallos y los defectos en todos los servicios que intentaba prestar. Finalmente, el discípulo se dio cuenta de que las reprimendas de Ebrāhim eran más valiosas para su corazón que su propia pretensión de servicio.

Ebrāhim llegó a un estado en que su propia felicidad era independiente del trato que recibía de los demás, y dejó esto claro a sus discípulos. Él les daba estos consejos:

El corazón tiene tres velos: alegría, pesar y deleite. Si te pones contento con algo que tienes, te vuelves codicioso... Cuando te pones pesaroso por algo que has perdido, estás descontento... Cuando estás encantado con los halagos que alguien te hace, estás satisfecho de ti mismo, y los tres te separan de Dios.

Aunque alegraba el corazón de los demás con su caballería y su generosidad, lo que contentaba el suyo propio era que le recordaran a Dios, fuera como fuera el modo en que esto ocurriera. Cuando le preguntaron si alguna vez había experimentado alegría en la Senda, contestó: «Muchas veces». Una vez fue estando a bordo de un barco, con el pelo largo y la ropa andrajosa en un



estado que sus compañeros de pasaje no podían comprender. Se reían o tenían lástima de él. Un individuo se burlaba de él sin cesar, levantándole el pelo y dándole collejas en la nuca. El maestro permanecía concentrado en su meditación, de tal forma que la humillación del *nafs* (ego) producida por este trato le daba gozo.

Más tarde, se produjo una fuerte tormenta y el mar embravecido hizo peligrar la vida de todos en el barco. Estaban tirando al agua la carga para aligerar el barco, cuando alguien fue en busca de Ebrāhim para tirarle también. Le iban arrastrando por las orejas, y justo cuando estaban a punto de tirarle por la borda, cesaron las olas y el mar quedó en calma y tranquilo. Percibió entonces la realidad de su *nafs*.

En otra ocasión, el maestro entró en una mezquita donde intentó dormir pero los demás no le dejaban. Estaba tan débil y tan hambriento que no tenía fuerzas para levantarse; le cogieron por las piernas y le arrastraron por un tramo de tres escalones

hasta la calle. Su cabeza se había golpeado con fuerza contra cada peldaño y sangraba en abundancia. Absorto en su meditación, no experimentó más que gozo. Con cada golpe en su cabeza se le reveló un misterio. ¡Su única queja era que no hubiera más escalones! Cuando preguntó por curiosidad por qué le estaban echando fuera, ¡le acusaron de haber querido robar una estera!

Como estas historias dan a entender, el estado de Ebrāhim estaba más allá del dolor que otros hubieran sentido con semejante trato. Quizá su alegría fuera una experiencia de la presencia de Dios en su corazón cuando los demás le rechazaban. En cualquier caso, en otras ocasiones tenía que esforzarse más para poner a salvo su corazón de las tentaciones del mundo, como lo cuentan la cita siguiente y los relatos que vienen a continuación.

El más duro de los combates espirituales es contra los caprichos del *nafs*. Cada vez que se le prive al *nafs* de sus deseos, se habrá encontrado paz frente a las aflicciones del mundo, y se habrá conseguido ser inmune al daño que el *nafs* pueda causar. «Sé consciente de que los deseos de tu *nafs* desaparecerán de tu corazón sólo si le convences a tu *nafs* de que Dios te ve». Y: «No encuentro ningún asunto en el mundo tan difícil de tratar como mi *nafs*, que alternativamente se opone y colabora conmigo. Cuando busqué la ayuda de Dios para resistir a los deseos de mi *nafs*, Él me la dio, y cuando busqué el apoyo de Dios para oponerme a su malévolamente dominación, Él me la proporcionó igualmente...»

Un día no recibió nada para comer. Rezó así: «Bendito seas, Señor, porque así puedo hacer cuatrocientas oraciones». Esa noche siguió sin llegarle comida y estuvo una semana más sin comer. Estaba entonces débil y hambriento.

Rezaba: «Oh, Señor, si Tú otorgas algo, que así sea». Un joven apareció, preguntando: «¿Se necesita comida por aquí?» «Pues sí», contestó el maestro. Invitado por el maestro a su casa, el joven, al percibir la bondad del maestro, dejó escapar un grito an-